

# El arte hecho revolución, la revolución hecha arte

por **EL ESCRIBA**

Vuelvo a leer El Barco Ebrio. Entrésaco esta estrofa: «He visto siderales archipiélagos e islas Cuyos cielos delirantes están abiertos al que boga: ¿Es en esas noches donde tú duermes y te exillas, Millón de pájaros aéreos, Oh futuro Vigor?»

Sin forzar la interpretación me parece que esta estrofa de Rimbaud es perfectamente aplicable a nuestro momento revolucionario: Cielos delirantes... En efecto, estamos viviendo una etapa de sa grado delirio, y este delirio, como diría un técnico, es funcional, y en él se interrumpiría el movimiento uniformemente acelerado de nuestra Revolución. Más adelante el poeta dice: Cielos abiertos al que boga... La consigna (si es que vamos a nombrarla, será aquella que no impone un partido más el impacto mismo de los acontecimientos) es derivar hacia nuestras costas, en las que se integra nada menos que la libertad de toda Latinoamérica. Por último, ese Futuro Vigor... El acierto del adjetivo rimbaldiano radica en que ese futuro vigor que el poeta demanda, está como enraizado en el vigor mismo. Su exclamación no se fundamenta en una lamentación o aforanza; por el contrario, ahí está, el Vigor —Presente y también Futuro. Y él es, perfectamente aplicable, a nuestra actual contingencia revolucionaria; en una palabra, Revolución y Vigor son una y la misma cosa.

¿Qué quiere, pues, la Revolución de nosotros, escritores, poetas, pintores, músicos escultores? En suma, ¿qué quiere la Revolución de nuestros artistas? Pues quiere que todos ellos sean ese Futuro Vigor, y que mediante él la afirmen, la expresen, la representen, la hagan, cada vez más, Revolución plena, Revolución confirmada, Revolución permanente.

Todo esto parece lirismo, tirada sentimental. Las palabras, puestas en cierto orden, son susceptibles de apariencia vacua, pero en su fondo están gritando verdades. Cuando decimos que la Revolución espera de nosotros que la expresemos, no estamos haciendo otra cosa que esperando expresarnos nosotros

misimos. Cuba estaba más o menos presente en nuestros escritos, en nuestras pinturas, en nuestras músicas, pero era una Cuba desvirtuada, o una Cuba pasada por París, o una Cuba plena de impotencias, o acaso una Cuba envenenada con el terrible tóxico de la frustración. Todo eso tiene su valor, y los que expresaron esa Cuba incompleta, que querían o no, no era China o Ceilán... sino Cuba, esos, digo, son acreedores al agradecimiento de la Patria.

En el caso específico de los escritores se ha hablado de torres de marfil... Lo que callaban esos fáciles detractores es que la torre marfileña estaba, a su vez, sumida en otra, que podríamos, sin ninguna exageración, calificar como torre de la inanidad, y que recibía el irónico título de República de Cuba, Libre y Soberana... Pues tal torre venía a ser, en realidad, un solo cuerpo de edificio: en sus pisos bajos se revolcaban todos aquellos que hacían con nuestra patria una Babilonia grotesca adorando de rodillas al Becerro de Oro... En sus pisos altos, es decir, en la parte marfileña de la torre, buscaban refugio, como acorralados, aquellos que, tan cobardes como los de abajo, al menos preservaban el magro tesoro espiritual y cultural de la nación.

Ahora, todo eso ha caído por su base, y ya no hay abajo ni arriba: un ministro no es, potencialmente, más importante que un poeta, y éste no se estima cien toesas por arriba de un obrero. El Vigor rimbaldiano es patrimonio común: el político no es tronitrante ni el escritor vive de la conmiseración de los amigos ni almacena en su alma las cien humillaciones cotidianas. La Revolución ha apartado de nuestros ojos la imagen atroz de una Cuba despedazada, fragmentada, reemplazándola con un organismo revolucionario intacto. Ni ley, ni sanción, ni tratado internacional, programa educativo, plan de obras públicas, et. fin., todo lo que constituye la vida nacional no sólo se parecerá a lo hecho por gobiernos anteriores sino que en sí

mismo será absolutamente revolucionario. Y ahí están para confirmarlo las nuevas leyes: Reforma Agraria, Reforma Tributaria, Ley de Alquileres, Nuevo Plan de Ahorro y Viviendas.

Entonces, si la Revolución es el Vigor Presente y el Futuro Vigor, si por el uno y el otro esas leyes aludidas se plasman, en el sector de la cultura las cosas deben producirse al mismo compás. Nos parecería un habitante caído de Marte, o un espécimen anacrónico aquel escritor o artista que se enpeñase en el marfil o en un cortejo pavorealesco de palabras supuestamente poéticas. O ese otro que, amparándose en no se sabe bien qué clase de hazañas, perviviría la cobardía en que hasta ahora estuvimos sumidos. Por el contrario, el nuevo escritor de nuestro momento debe y tiene que vivir en peligro, comprometerse mañana, tarde y noche, y si la Belleza sigue siendo, a lo que parece, el motor del Arte, expresar en su obra la hermosura viril de la Revolución. Esa hermosura está ahí, todavía intocada, inexplorada. ¡Pero si es un cuerno de la abundancia! nuevos mitos, nuevos símbolos, la montaña, el llano, las barbas, el claudes tinaje, los héroes, las torturas, los chivatos, los planes de invasión, los contrarrevolucionarios, las asechanzas del exterior, las incursiones aéreas y hasta esos nuevos peligros y esas nuevas esperanzas que están aún por nacer. Todo esto es tremendamente serio, y el escritor que no quiera posar de payaso o de algo más incalificable, buscará en esa cantera ciclópea. Desde el simple artículo (y pienso en la página dos de REVOLUCION) hasta la obra de creación debe evitar cuidadosamente caer en la pura retórica o en el entreguismo del espíritu. ¿Sería concebible que a estas alturas nosotros, por pereza mental o por acomodaticia frivolidad, traicionáramos la Revolución? ¿Es que su hermosura va a resolverse en ese infausto bla-bla-bla del irresponsable? Esperamos que no, y la fórmula —si es que hay alguna— sería ésta: El Arte hecho Revolución; la Revolución hecha Arte.